

CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

Tenían las promesas que su amo le había echo. el ventero se desesperaba de ver la flama del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueran sin pagar, y ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen contar las botanas que se habían de echar a los los rotos cuerpos. Tenía el cura de las manos a don Quijote, al cual, creyeron que ya había acabado la aventura y que se hallava delante del cura diciendo:

- Bien puede la vuestra grandeza, alta y hermosa señora, vivir de hoy más segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura, y yo también de hoy más soy quitto de la palabra que os di, pues, con la ayuda del alto dios y con el favor de aquella por quien no vivo y respiro, también la he cumplido.

- ¿No lo dije yo? - dijo oyendo esto Sancho - Sí, que no estaba yo borracho: ¡mirad si tiene puesto ya ensal mi amo al gigante! ¡Ciertos son los toros! mi condado está de molde! ¿Quién no había de reír con las disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían, sino el ventero que se dava a satanáis. Pero ensin, ~~tan~~ hicieron el barbero, Pardenas y el cura, que con no poco trabajo dieron con don Quijote, en la cama, en el cual se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Dejándole dormir y saliendo al portal de la venta a consolar a Sancho Panza de no haber allado la



2

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

cabera del gigante, aunque más tuvieron que hacer en aplacar el ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros. Y la ventera decía en voz y en grito:

—En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieron visto, que tan caro me costó. La vez pasada se fue con el costo de una noche, de cena, coma, paja y cebada, para él y para su escudero y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala ventura le dió Dios a él y a cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado a pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora por su respeto vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelta con más de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo, rompíame mis cueros y demamárame mi vino, que demamada le oía yo su sangre. ¡Pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, o no me llamaría yo como me llamo ni sería hija de quien soy!

Estos y otras razones tales decía la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba y de cuando sonaba. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían. Dorotea consoló a Sancho Panza diciéndole que cada y cuando



### CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometía, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolose con esto Sancho y aseguró a la princesa que tubiese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que por más señas tenía una barba que le llegaba a la cintura, y que si no parecía era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamiento, como él había probado otra vez que había parado en ella. Dorotea dijo que así lo creía y que no tuviese pena, que todo se haría bien y sucedería a pedir de boca.

Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vio que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todas las demás le rogaron la acabare. Él, que a todos quiso dar gusto, y por el que él tenía de leerla, prosigió el cuento, que así decía:

«Sucedio, pues, que, por la satisfacción que Anselmo tenía de la bondad de Camila, vivía una vida contenta y descuidada, y Camila, de invidia, hacía mal rostro a Lotario, porque Anselmo entendiese al revés de la voluntad que él tenía; y para más confirmación de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir a su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recibía. Mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera



### CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

tal hiciese; y, de esta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. » En esto, el que tenía Leorek de carne acalificada con sus amores llegó a tanto, que sin mirar a otra cosa iba tras él a suelta rienda, piada en que su señora le encubría y con la advertencia del modo que con poco recelo pudiese ponerle en ejecución. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leorek, y, queriendo entrar a ver quién los daba, sintió que le detentaban la puerta, cosa que le puso más voluntad de abrir, y tanta fuerza hizo, que la abrió y entró dentro a tiempo que vio que un hombre saltaba por la ventana a la calle; y acudiente con presteza a discorrerle o conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leorek se abrió con él, diciéndole: » — Sostégate, señor mío, y no te desantes ni sigas el que de aquí saltó: es con mío, y tanto, que es mi esposo. » No lo quiso creer Anselmo, antes, ciego de enojo, sacó la daga y quiso herir a Leorek, diciéndole que dijese la verdad; sino, que le mantuvo. Ella, con el miedo, sin saber lo que se decía, le dijo: » — Vane miles, señor, que yo te dije cosas de mí, importancia de las que puedes imaginar. » — Dices luego - dijo Anselmo -; si no, muérete eres. » — Por ahora será imposible - dijo Leorek -; según estoy de turbada; déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te he de decir; y estaré segura de que el que saltó por esa ventana es un marqués de este ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. « Sosegose con esto Anselmo y quiso aguardar el término que se le pedía, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por esta de su bondad tan satisfecho y seguro; y, así, se salió del aposento y dejó encerrada en él a Leorek, diciéndole que de allí



CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

No saldría hasta que le dijese lo que tenía que decirle.

»Fue luego a ver a Camila y a decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le había pasado y la palabra que le había dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila o no, no hay para qué decirlo, porque fue tanto el temor que cobró creyendo verdaderamente, y era de creer, que Leonela había de decir a Anselmo todo lo que sabía de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha sería falsa o no, y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormía, juntó las mejores joyas que tenía y algunos dineros y, sin ser de nadie sentida, salió de casa y se fue a la de Lotario, a quien contó lo que pasaba y le pidió que la pusiese en cobro o que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusión en que Camila puso a Lotario fue tal, que no le sabía responder palabra, ni menos sabía resolverse en lo que haría.

»En fin, acordó de llevar a Camila aun monasterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedía la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él asimismo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte a nadie de su ausencia.



6

## CAPÍTULO D TRIGÉSIMO QUINTO

ausencia.

» Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenía de saber lo que Leonela quería decirle, se levantó y fue adonde la había dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él a Leonela: sólo halló puestas unas sábanas anudadas a la ventana, indicio y señal que por allí se había descolgado e ido. Volvió luego muy triste a decírselo a Camila, y, no hallándola en la cama ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó a las criadas de casa por ella, pero nadie le supo dar razón de lo que pedía.

» Acertó acaso, andando a buscar a Camila, que vio sus cofres abiertos y que de ellos faltaban la más de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia y en que no era Leonela la causa de su desventura; y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario. Mas cuando no le halló y sus criadas le dijeron que aquella noche había faltado a casa y había llevado consigo todos los dineros que tenía, pensó perder el juicio. Y para acabar



CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

de conchoir con todo, volviéndose a su casa no halló en ella ninguno de quantos criados ni criadas tenía, sino la casa desierta y sola.

» No había qué pensar, qué decir, ni qué hacer, y poco a poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criadas, desaparecido, a su parecer, del cielo que le cobría, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vio su perdición.

» Resolvióse, en fin, a cabo de una gran pieza, de irse a la aldea de su amigo, donde había estado cuando dio lugar a que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió a caballo y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, cuando, acosado de sus pensamientos, le fue forzoso apearse y arrendar su caballo a un árbol, a cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta casi que anochecía; y aquella hora vio que venía un hombre a caballo de la ciudad, y, después de haberle saludado, le preguntó qué nuevas había en Florencia. El ciudadano respondió:

»- Las más extrañas que muchas días ha se han oído en ella, porque se dice públicamente que Lotario,



8

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivía en San Juan, se llevó esta noche a Camelia, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camelia, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto no sé puntualmente cómo pasó el negocio: sólo sé que toda la ciudad está admirada de este suceso, porque no se podía esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta que los llamaban los dos amigos.

» - ¿Sábese por ventura - dijo Anselmo - el camino que llevan Lotario y Camelia?

» - No por pienso - dijo el ciudadano -, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos.

» - A dios vais, señor - dijo Anselmo.

» - Con él quedáis - respondió el ciudadano, y fuere.

\* Con tan desdichadas nuevas, casi casi llegó a términos Anselmo, no sólo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantose como pudo y llegó a casa de su amigo, que aún no sabía su desgracia, mas como la vio llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algún grave mal venía fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen y que le diesen



CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

aderezo a del escribir. Hízose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso. Y aunque le cerrasen la puerta. Viéndose, pues, solo, comenzó a cargar tanto la imaginación de su desventura, que claramente conoció que se le iba acabando la vida, y, así, ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte; y comenzando a escribir, antes que acabase de poner todo lo que quería, le faltó el aliento y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente.

»Viendo el señor de casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar a saber si pasaba adelante su indisposición y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenía aún la pluma en la mano. Llegose el huésped a él, habiéndole llamado primero; y trabándole por la mano, viendo que no le respondía y hallándole frío, vio que estaba muerto. Admirose y congoose en gran manera, y llamó a la gente de casa para que viesen la desgracia a Anselmo



(10)

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

sucesida, y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenía estas razones:

Un necio e impertinente deseo me quitó la vida. Si las muerte llegaren a los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada a hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciese; y pues yo fui el fabricante de mi deshonra, no hay para qué...

⇒ Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de valor que en aquel punto, sin poder acabar la razón, se le acabó la vida. Otro día dio aviso su amigo a los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabía su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar a su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dicese que, aunque se vio viudo, no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesión de monja, hasta que no de allí a muchos días le vinieron nuevas que Lotario había muerto en una batalla que en aquel tiempo dio monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernández de Córdoba en el reino de Nápoles, donde había ido a parar el tarde arrepentido amigo; lo cual sabido.



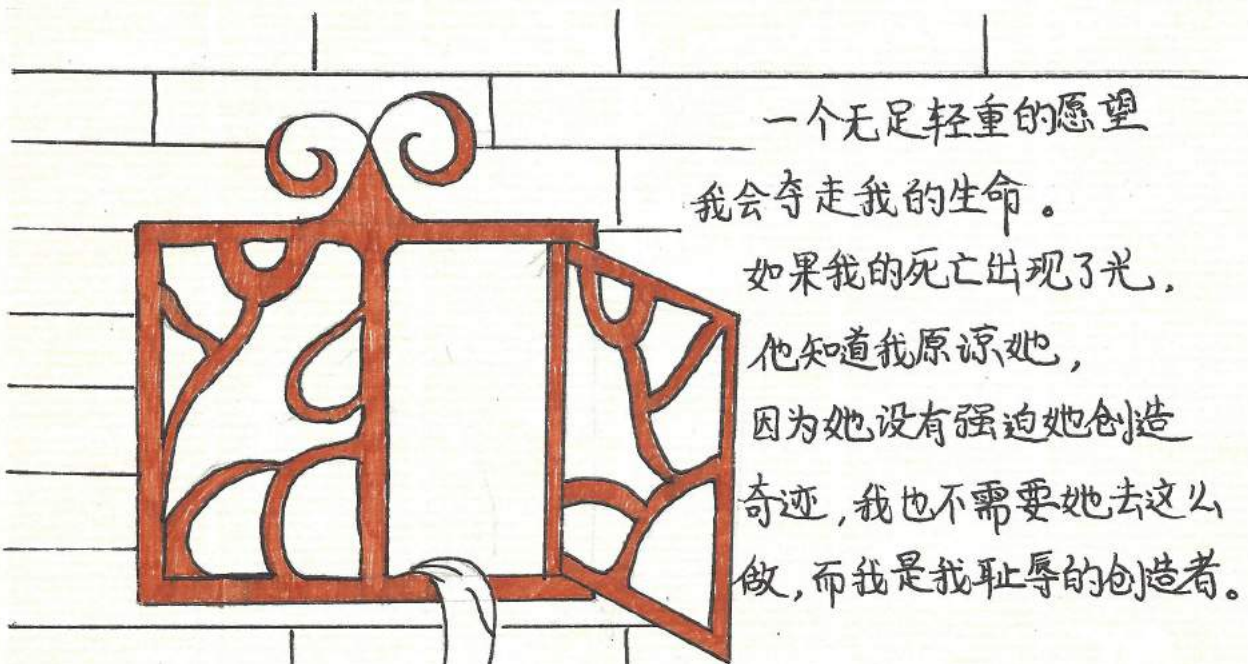
CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

por Camila, hizo profesión y acabó en breves días la vida a las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Éste fue el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio >>

- Bien dijo el cura me parece esta novela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad y si es fingiendo, fingió mal el autor, que no se puede imaginar qu haya marido tan necio, que queria hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galán y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y mujer, algo tiene del imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.



CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO



一个无足轻重的愿望  
 我会夺走我的生命。  
 如果我的死亡出现了光，  
 他知道我原谅她，  
 因为她没有强迫她创造  
 奇迹，我也不需要她去这么  
 做，而我是我耻辱的创造者。

米拉在短短的日子

里结束了悲伤和忧郁的生活。

这是我的终点...

愿你三冬暖

愿你春不寒

愿你余生有他人相伴。



虽说这故事是虚构的，  
 但是它很美好。



林



CAPÍTULO XXXVI

Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros raros sucesos que en la venta le sucedieron

Estando en esto, el ventero, que estaba en la puerta de la venta, dijo:

— Esta que viene es una hermosa tropa de Avespodes; si ellos paran aquí, gozabamos tenemos.

— ¿Qué gente es? — dijo Cardenio.

— Cuatro hombres — respondió el ventero — vienen a caballo, a la jineta, con lanzas y adargas, y todos con antigüezas negras; y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco, en un sillón, asimismo cubierto el rostro, y otros dos mozos de a pie.

— ¿Vienen muy cerca? — preguntó el cura.

— Tan cerca — respondió el ventero — que ya llegan.

Oyendo esto Dorotea se cubrió el rostro.



## CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote; y casi no habían tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero había dicho, y apeándose los cuatro de caballo, que de muy gentil talle y disposición eran, fueron a apearse a la mujer que en el sillón venía, y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba a la entrada del aposento donde Cardenio se había escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habían quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: sólo que al sentarse la mujer en la silla dio un profundo suspiro y dejó caer los brazos, como persona enferma y desmayada. Los mozos de a pie llevaron a los caballos a la caballeriza.

Viendo esta el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que a uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba; el cual le respondió:

-Pardiez, señor, yo no sabré decirnos qué gente sea ésta: sólo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó a tomar en sus brazos a aquella



CAPITULO TRIGESIMO SEXTO

reñara que habéis visto; y esto dígelo porque todos los demás la tienen respeto y no hace otra cosa más de la que él ordena y manda.

- Y la reñera ¿quién es? - preguntó el cura.
- Tampoco valdré decir eso - respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar si la he oído muchas veces, y dar unos gemidos, que parece con cada uno de ellos quiere dar el alma. Y no es de maravillar que me repuntes más de más de la que habemos dicho, porque mi compañerera y yo no ha más de la que habemos de dos días que los acompañamos; porque, habiéndolos encontrado en el camino, nos rogándolos rogando persuadieron que viniéramos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose a pagárnoslos muy bien.

- ¿Habéis sido menbrar a alguna de ellas? - preguntó el cura.

- No por cierto - respondió - el mozo - porque todos caminan con tanta silencio, que es maravilla, porque se oye entre ellas otra cosa que los suspiros y sollozos, de la



## CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

pobre señora, que nos mueven a lástima, y sin duda tenemos creído que ella va forzada donde quiera que va; y, según se puede colegir por su hábito, ella es monja o va a serlo, que es lo más cierto, y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste, como parece.

-Todo no podría ser- dijo el cura.

Y dejándolos, se volvió adonde estaba

Dorotea, la cual como había oído suspirar a la embocada, movida de natural compasión, se llegó a ella y le dijo:

-¿Qué mal sentís, señora mía? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarte, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de servirlos.

A todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embocado que dijo al mozo que los demás obedecían y dijo a Dorotea:

-No os canséis, señora, en ofrecer nada a